

brevió á los Apóstoles. Los verdaderos discípulos de Cristo acabaron por adherirse al cristianismo universal de *San Pablo*. Pero la masa de la nación judía rechazó el cristianismo, porque no satisfacía sus orgullosas pretensiones. Persigue á todos los privilegiados como una maldición divina; se apegan obstinadamente á las viejas ideas, á las viejas creencias; cierran sus ojos á la luz y sus oídos á la verdad. Muchos de los que se convirtieron al Evangelio continuaron practicando la ley de Moisés; tratados en un principio con indulgencia por la Iglesia, acabaron por ser rechazados como herejes. Los *Ebionitas* y los *Nazarenos* son una imágen de lo que hubiera sido el cristianismo sin el Apóstol de los gentiles. Evitaban el contacto de los paganos, y aún el de los cristianos, porque no estando circuncidados eran impuros; perseguían con su ódio la memoria de *San Pablo*, porque había abierto el Templo á todas las naciones (1). Estas maldiciones son la gloria del gran Apóstol: gracias á él, no hay ya impuros, no hay ya privilegiados delante de Dios. Todos somos iguales ante nuestro Creador.

San Pablo hizo del cristianismo una religión universal llevándolo á los gentiles. El Evangelio venció á la Ley. Pero al dirigirse á las naciones comenzó una lucha nueva, lucha secular que no ha terminado aún. Sigamos al cristianismo en sus primeras conquistas: son más gloriosas que las de los guerreros más ilustres; las victorias del Evangelio no están manchadas con la sangre de los vencidos; se han conseguido á costa de la sangre de los vencedores.

§ III. — El cristianismo y los gentiles.

N.º 1. — Lucha entre el cristianismo y el gentilismo.

A la distancia á que nos hallamos del paganismo es difícil comprender la larga lucha que sostuvo contra la religión cristiana. La superioridad del cristianismo sobre los cultos de la antigüedad es

(1) EPIPHAN., *Hæres.* xxx, 25.—ORIGEN., *Homil.* xviii, 12 in *Jerem.*

tan evidente que parece que el mundo greco-romano hubiera debido aceptar con júbilo esta ley de caridad, de fe y de esperanza. Los paganos, sin embargo, apenas se dignaron informarse de la creencia de los nuevos sectarios; no vieron en ellos sino enemigos del orden existente; se aferraron con una especie de frenesí á las instituciones de lo pasado, é hicieron esfuerzos desesperados para ahogar la religión naciente en los suplicios. ¡Vana tentativa! La sangre de los mártires fué la semilla del cristianismo. Fué creciendo el número de fieles; un emperador abrazó el partido de la Iglesia. ¿Quién no esperaría ver el mundo romano prosternado al pié de la cruz? Sin embargo, la guerra continuó; el cristianismo pasó de la defensa al ataque. El paganismo resistió: tenía á su favor las clases superiores y la gran masa de las poblaciones agrícolas y esclavas. Apareció entonces un auxiliar inesperado: los Bárbaros, instrumentos de Dios, destruyen la antigua sociedad; razas jóvenes y fuertes reciben el bautismo, y comienza una nueva edad de la humanidad.

Jesucristo había previsto la resistencia que el Evangelio debía encontrar. Aunque enseñaba una doctrina de paz y de amor, dijo á sus discípulos: «¿Pensais que yo he venido á traer la paz sobre la tierra? No, yo os lo digo, sino la division» (1). Crisóstomo describe esta lucha con vivos colores: «Cuando la proclamación divina hubo sido extendida por los Apóstoles, cuando recorrian la tierra toda sembrando las palabras de la fe, arrancando las raíces del error, rompiendo las antiguas leyes de los imperios, persiguiendo la iniquidad, limpiando el suelo bajo sus pasos y ordenando á los hombres que huyeran lejos de los ídolos, de los templos, de los altares, de sus fiestas y de sus misterios y que se eleváran al conocimiento de un solo Dios, señor de todo, y á la esperanza de los bienes futuros; mientras que hablaban del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo, filosofaban sobre la Resurrección y enseñaban el reino de los cielos; una gran guerra, la más tiránica de las guerras, se encendió, y todo se llenó de perturbación, de ruido y de disensiones; todas las ciudades, todas las naciones, todas las familias, todas las comarcas civilizadas ó bárbaras. Es que las

(1) LUC, XII, 51.

costumbres antiguas habian sido removidas en sus fundamentos y que la preocupacion que por tan largo tiempo habia reinado se quebrantaba con la invasion de las nuevas creencias, no oidas hasta entónces. Contra este poder los emperadores se irritaban, los gobernadores de provincia castigaban, los ciudadanos murmuraban, la plaza pública se desencadenaba, los tribunales se apasionaban, las espadas estaban desnudas, las armas preparadas y la ley en cólera; de aquí los suplicios, las venganzas, las amenazas, y por todas partes el aparato de lo que se llama el terror. Las olas del mar furioso lanzando de su seno navíos estrellados son una imágen de este estado del mundo, en que por la religion el hijo renunciaba al padre, la nuera á la suegra, los hermanos se dividian, los amos se indignaban contra los sirvientes; toda la naturaleza estaba consigo misma en discordia y por todas partes se levantaba una guerra, no sólo civil, sino doméstica. Es que la palabra, como una espada, penetraba por todas partes, excitaba un gran combate, una gran querella y creaba en todas partes contra los fieles odios y persecuciones» (1).

El paganismo es el elemento característico de la antigüedad. La lucha que el Evangelio tuvo que sostener contra el mundo antiguo es, pues, una lucha de dos religiones. Pero el politeísmo greco-romano no es tanto un sistema religioso como una civilizacion particular: no son los sacerdotes los que representan el paganismo considerado como dogma; son más bien los filósofos. Los discípulos de Cristo tenían, pues, que combatir á la vez las creencias populares y la civilizacion antigua. La lucha de los nuevos dogmas con las ideas filosóficas encontrará su lugar en la historia de la filosofía cristiana. Vamos á seguir al cristianismo en medio del gentilismo. La oposicion violenta que encontró nos explicará una de las fases de un problema que preocupa hoy á las almas religiosas. La conciencia humana ha abandonado las creencias fundamentales del cristianismo histórico; cüesta aún trabajo el comprender que una doctrina errónea haya gobernado el mundo durante siglos. Responderémos desde luégo que hay grandes verda-

(1) CHRYSOST., *De gloria in tribulation.*, t. III, p. 142 (traduccion de VILLEMANN). C. *Homil. VII in Templo Sanctae Anastasiae* (t. XII, p. 359).

des mezcladas con los errores que se combaten en la teología cristiana. Decir que todo el sistema de la Iglesia no es sino una ilusion del espíritu humano, es suponer que la inteligencia pueda vivir de mentiras. De la misma manera que el cuerpo no se alimenta de veneno, el espíritu no se alimenta de errores. El cristianismo ha reunido en una unidad superior las ideas elaboradas por la antigüedad: esta superioridad legitima su advenimiento. Si contiene en sí un elemento supersticioso, esto se explica por el estado del mundo antiguo. Póngase la sociedad greco-romana enfrente de los principios que tienden hoy á dominar acerca de Dios y del hombre y nos convencerémos de que el paso súbito del politeísmo á una religion pura de toda mezcla supersticiosa era imposible. La larga lucha que el cristianismo sostuvo contra el gentilismo nos muestra que la sociedad antigua, á pesar del desarrollo literario y filosófico que nos encanta, se hallaba en la infancia. En cuanto á los pueblos que iban á ocupar el lugar de los Griegos y de los Romanos eran Bárbaros. En un mundo semejante era necesaria una fe distinta que en un estado social más avanzado. El cristianismo estaba en armonía con la mision que tenía que cumplir. Esta mision está cumplida; ha venido el tiempo en que es necesario desechar los errores y apoyarse sobre lo que hay de verdadero en la herencia de lo pasado para dirigirse al porvenir.

N.º 2. — Oposicion entre el cristianismo y la antigüedad.

La filosofía habia hundido la autoridad del politeísmo. Jesucristo trae á los hombres la fe que les falta: ¿por qué la rechazan? Porque abrazan una religion que ha muerto ya. La razon suprema es que una religion nueva pide razas ó al ménos generaciones nuevas. La religion es la que constituye la vida del hombre; cuando ha alcanzado una duracion secular continúa dominando los espíritus, aún cuando hayan dejado de creer en sus dogmas (1).

(1) La costumbre, dice CRISÓSTOMO, es una segunda naturaleza; tiene más fuerza aún en materia de religion, porque nada es tan difícil de cambiar como las creencias. Estas innovaciones, aún cuando sean buenas, turban las almas (*Homil. VII in epist. I ad Corinth.*, t. X, p. 59, D.).